

Joe R. Lansdale

El árbol de las botellas

Traducción del inglés de
Miguel Ros González

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Todos los personajes de esta obra son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

*Este libro está dedicado con amor, respeto
y la mayor devoción a la persona más importante
de mi vida: mi mujer, Karen.*

Quiero expresar mi agradecimiento a las personas que han contribuido a que este proyecto salga adelante: Barbara Puechner, Andrew Vachss, Neal Barrett hijo, David Webb y, por supuesto, Jeff Banks. También me gustaría saludar a mis antiguos colegas del campo de rosas, Sam Griffith y Larry Walters, y dar las gracias a mi «tía» Ardath y a mi profesor de kárate, Richard Metteauer.

«Es irrelevante contra quién compites; tu rival siempre eres tú».

Nakamura

Corría el tórrido mes de julio y estaba clavando esquejes, sin pensar lo más mínimo en la muerte.

Todos los demás trabajos del campo de rosas —hacer injertos, cavar— son duros, pero si hay una tarea que encarguen en el mismísimo infierno a los pecadores, esa es clavar esquejes.

La faena se hace en plena canícula y funciona de la siguiente manera: te dan un manojo de esquejes, lo coges, lanzas un suspiro y te giras, mirando en toda su extensión el campo, que se prolonga desde tu posición hasta algún punto al este de China; luego te atas los machos, agachas el lomo y empiezas a clavar los esquejes en hileras, muy pegados, uno detrás de otro. No te levantas a menos que no quede más remedio, porque si no nunca acabas. Sigues clavando, avanzando con el lomo agachado por la hilera polvorienta, confiando en que acabe en algún momento, por más que parezca interminable. Y, por supuesto, el sol del este de Texas, que a las diez y media de la mañana es como una ampolla infectada de la que supura pus, tampoco ayuda.

Así pues, estaba yo jugando con mis esquejes, pensando en lo de siempre, té helado y mujeres despampanantes y fogosas, cuando el capataz se acercó y me dio una palmadita en el hombro.

Pensé que sería la pausa para el agua, pero cuando levanté la cabeza señaló hacia el fondo del campo con el pulgar.

—Hap, ha venido Leonard —dijo.

—Pero si no puede trabajar —respondí—. A no ser que sepa clavar esquejes con el bastón.

—Solo quiere hablar contigo —dijo el capataz, antes de alejarse.

Clavé el último esqueje del manojo y, tras desperezarme, enfilé la larga senda polvorienta, pasando junto a los lomos agachados y sudorosos de los demás jornaleros.

Leonard estaba en el otro extremo del campo, apoyado en su bastón. Desde allí, parecía un monigote hecho de limpiapipas y ropa de muñeca. Su cara de ciruela negra estaba vuelta hacia mí, y una ola de calor pareció escapar de ella y vibrar bajo la intensa luz, levantando un remolino de polvo que al cabo de unos segundos se posó con suavidad.

Cuando Leonard vio que estaba mirando hacia él, levantó la mano cual estornino que alza el vuelo.

Vernon Lacy, el jefe del campo, al que yo apodaba cariñosamente «Viejo Cabronazo» aunque tenía mi edad, ataviado con una camisa blanca almidonada, unos pantalones a juego y un salacot blanco, también me vio volver. Se acercó a Leonard, me miró y, con un gesto deliberadamente pausado, hizo una marca en su pequeño cuaderno. Para descontarme ese tiempo, huelga decirlo.

Cuando llegué al final de la hilera, lo que me llevó algo menos de tiempo que atravesar Egipto a lomos de un camello muerto, me había puesto perdido de polvo y estaba agotado. Leonard esbozó una sonrisa:

—Era para preguntarte si me dejas cincuenta centavos —dijo.

—Si me has hecho venir desde allí por cincuenta centavos, te voy a meter ese bastón por el ojete.

—Pues entonces voy a ponerme vaselina, ¿vale?

Lacy me miró:

—Esto te lo descuento del sueldo, Collins.

—Vete a tomar por culo —le solté.

Lacy tragó saliva y se alejó sin mirar atrás.

—¡Qué labia! —dijo Leonard.

—La diplomacia es mi fuerte. Ahora dime que no has venido a por cincuenta centavos.

—No he venido a por cincuenta centavos.

Leonard seguía sonriendo, pero una de las comisuras de sus labios empezó a curvarse ligeramente, como un bote en el que empieza a entrar agua y está a punto de hundirse.

—¿Qué ha pasado, macho?

—Mi tío Chester —dijo Leonard—. Ha muerto.

Seguí al viejo Buick de Leonard con mi camioneta e hicimos una parada técnica para comprar cerveza y hielo. Al llegar a casa de Leonard, llenamos una nevera con los cubitos y las latas y la sacamos al porche delantero.

Leonard, como yo, no tenía aire acondicionado, y el porche era el lugar más fresco que había, a no ser que nos acercásemos al arroyo y nos tumbáramos en el agua.

Nos acomodamos en el desvencijado balancín del porche y colocamos la nevera entre ambos. Mientras Leonard le daba impulso con la pierna buena, yo abrí un par de latas.

—¿Ha sido hoy? —pregunté.

—Lo han encontrado hoy. Llevaba muerto dos o tres días. De un infarto. Lo han llevado al tanatorio de LaBorde, hinchado como un globo.

Leonard le dio un sorbo a su cerveza y observó la cerca de alambre de espino al otro lado de la carretera.

—¿Ves a ese ruiseñor en el poste de la cerca, Hap?

—Sí, ¿por? ¿Es que estaba intentando llamar mi atención?

—Está bien gordo. Se ven muy pocos así de gordos.

—Es un asunto al que no dejo de darle vueltas, Leonard. ¿Cómo es que los ruiseñores no suelen ponerse gordos? Hasta he pensado en escribir un artículo.

—Es el pájaro favorito de mi tío. A mí siempre me han parecido feos, pero para él eran lo más majestuoso del mundo. De pequeño me llamaba «risueño ruiseñor», porque siempre estaba sonriendo y burlándome de todo quisque. Cuando veo uno, me acuerdo de él. Qué cursilada, ¿no?

No respondí. Me concentré en los listones de madera del extremo del porche, donde un tábano achicharrado se tambaleaba sobre unas patas repletas de enfermedades, intentando alcanzar la pequeña sombra que ofrecía la pérgola del porche. El tábano flaqueó y se detuvo en seco. Supuse que habría sido un infarto.

—Mañana quiero ir al entierro del tío Chester —dijo Leonard—. Pero, no sé, la verdad es que se me hace raro. Lo más probable es que él no quisiera que fuese.

—Por lo que me has contado de tu tío Chester, aunque renegó de ti al enterarse de que eras maricón...

—Gay. Ahora se dice gay, Hap. Los heteros no os enteráis. Cuando vamos como una cuba, nos llamamos bujarras o bujarrones.

—Es igual. El caso es que estoy seguro de que Chester era buena gente, a su manera. Tú lo apreciabas, así que da igual lo que quisiera él. Lo importante es lo que tú quieres. Él está muerto, ya no decide. Si te apetece ir al entierro y despedirte de él por los buenos momentos que pasasteis juntos, no lo dudes.

—Ven conmigo.

—Macho, yo lo siento por tu tío Chester, por lo que significaba para ti, pero no lo conozco de nada. La cuestión es que su muerte ha supuesto que tú hayas venido al campo de rosas así de triste, y que yo le haya dicho a mi jefe lo que le he dicho, con lo que, probablemente, ya no tengo trabajo. Tu tío me ha jodido el sueldo, ¿por qué coño iba a ir a su entierro?

—Porque te lo he pedido, porque eres mi amigo y porque estoy muy sensible y no quieres que sufra. —Y eso era verdad.

No me hacía demasiada gracia, pero accedí. Ir a un entierro parecía bastante inofensivo.